



NUEVOS PERSONAJES EN ESCENA

Después de lo que el ama de llaves acababa de decirle, las palabras «sello de Suiza» redoblaron la agitación de Wilding, hasta el punto de que su nuevo asociado creyó no deber ocultar que lo notaba, por lo cual preguntóle:

—¿Qué ocurre, Wilding?

Luego se interrumpió dirigiendo una mirada curiosa en torno suyo, cual si buscase una causa visible de tan extraordinaria escena.

Wilding le asió de la mano, exclamando con ojos suplicantes:

—Querido Jorge Vendale...

Al mismo tiempo, estrechábale la mano que tenía entre las suyas, no a modo de cortesía ni para dar la bienvenida a su consocio, sino para pedirle auxilio.

—Querido Jorge Vendale—prosiguió en voz baja,—me han sucedido tantas

cosas, que no puedo volver a ser lo que era... ¿Qué he de poder, si ya no soy el mismo?

Encogióse de hombros el nuevo socio, que era un guapo mozo, de la edad de Wilding poco más o menos y de mirada viva y resuelta.

—¿Cómo dejar de ser el mismo?—preguntó.

—¡Ay! Al menos—repuso Wilding— ¡no soy lo que creía ser!

—Pero, por amor de Dios, ¿qué cree usted ser, que no lo sea?

Había en el tono de Vendale tal aspecto de compasión y de franqueza, que hubiera impulsado a tener confianza a un hombre que no fuese tan reservado como Wilding. Por esto, así que Vendale le hubo hecho notar que bien podía interrogarle sin ser indiscreto, ya que sus negocios eran comunes y ya que estaban asociados, no pudo contenerse más.

—¡Ahí está la cosa, Jorge! ¡ahí!—suspiró Wilding, hundiéndose en el sillón.—¡Asociados! Me hace usted recordar que no tenía yo derecho alguno a meterme en negocios; no me estaban destinados. La intención de mi madre, es decir, de *la suya*, no fué nunca que esto fuera para mí; indudablemente, querría que fuera todo para él.

—Vamos, vamos—dijo Vendale,— intentando ejercer en Wilding, tras bre-

ve pausa, ese poder que toda naturaleza bien templada adquiere siempre sobre un corazón débil, sobre todo cuando aquélla tiene decidido deseo de prestar ayuda a su debilidad; —sea usted razonable, querido Walter. Si se ha originado algún mal en torno suyo y que a usted concierna, seguro estoy de que no ha tenido usted la culpa. No soy yo quien, después de haber permanecido a su lado tres años en estas oficinas, *bajo el antiguo régimen*, pudiera dudar de usted. Déjeme comenzar nuestra asociación prestándole un servicio. Quiero volverle en sí. Pero, ante todo, dígame si esa carta tiene cualquier relación con el asunto que le agita.

—¡Oh! sí—murmuró Wilding,— ¡esta carta!... ¡Eso más!... ¡Qué cabeza!... ¡Qué cabeza!... Me había olvidado de la carta y de la coincidencia... ¡sello de Suiza!...

—¡Bien!—exclamó Vendale.—Veo que no está abierto el sobre. No es, pues, probable, que tenga algo que ver con la turbación en que le encuentro. ¿Está dirigida a usted o a mí esa carta?

—Viene dirigida a la casa.

—¿Quiere usted que la abra y la lea en voz alta, para quitarle esto de encima?... Es sencillamente de nuestro corresponsal de Neufchatel, el fabricante de vinos de Champaña. Mire, la leo:

«Muy señor mío y amigo: Recibimos
»su atenta del 28 del pasado, anuncián-
»donos haberse constituido usted en so-
»ciedad con el señor Vendale, y por ello
»tenemos el honor de darle nuestra en-
»horabuena. Aprovechamos la ocasión
»para rogarle que se interese por nues-
»tro recomendado, el señor Julio Oben-
»reizer...»

—¡Imposible!—exclamó Vendale.—
¡Imposible!

Wilding levantó la cabeza y se extre-
meció. Desde la mañana, alarmábale
todo.

—¿Qué?—preguntó—¿Qué es impo-
sible?

—Ese nombre—respondió sonriendo
Vendale.—¿Hay quien se llame Oben-
reizer, le pregunto?... Continúo...

«Por nuestro recomendado, el señor
»Julio Obenreizer, Soho Square, Lon-
»dres (parte Norte), ampliamente acre-
»ditado en lo sucesivo como agente nues-
»tro, y que tuvo el honor de conocer al
»señor Vendale en Suiza, su país natal.»

—¡El!—exclamó Vendale, interrumpiéndose otra vez.—¿El señor Obenreizer?... ¡Sí, eso es!... ¿Dónde tenía yo la cabeza? Ahora me acuerdo.

Prosiguió:

«Cuando el señor Obenreizer viajaba
»con su sobrina...»

—¿Con su...?—dijo Vendale.—¡La sobrina de Obenreizer! En efecto, los vi en mi último viaje a Suiza, y viajé algún tiempo con ellos, separándome luego. Volví a encontrarlos a los dos años durante mi segundo viaje, y después no los he vuelto a ver. ¡La sobrina de Obenreizer!... ¡Sí!... Después de todo, es cosa posible... Continuemos:

«El señor Obenreizer cuenta con toda
»nuestra confianza, y no dudamos un
»instante, que usted sabrá apreciar su
»mérito.»

Y esto está firmado en regla por la casa Defresnier y Compañía. Bien.. bien... Ya me cuidaré de ver dentro de poco a Obenreizer y de saber lo que es. ¡Bueno! Esto desecha toda conjetura sobre el sello de Suiza, Wilding. Ahora, dígame de qué disgusto puedo librarle. Lo haré gustosísimo.

El corazón del bueno y honrado Wilding desbordó de agradecimiento al ver que querían dedicarse a servirle. Aceptó de nuevo la mano del socio y empezó su relato con la solemne y patética declaración de que no era sino un impos-
tor.

Luego, contó a Vendale todo.

—¿Y para tratar de cuanto acaba usted de contarme es para lo que mandaba usted llamar a Bintrey cuando yo entré? —dijo Vendale, tras un momento de reflexión.

—Para eso mismo.

—Tiene experiencia—dijo Vendale—y es hombre lleno de astucia. Me gustaría mucho conocer su opinión antes de emitir la mía. Pero ya sabe usted, querido Wilding, que no me agrada disimular mi pensamiento. Empezaré, pues, por decirle llanamente que no veo esta aventura del mismo modo que usted. En cuanto a que usted sea un impostor, mi querido Wilding, es cosa simplemente absurda. ¿Cómo puede uno ser culpable de una falta cometida sin saberlo, y quién es impostor sin haber consentido la impostura? En lo que a su fortuna respecta...

—¿A mi fortuna?—repitió Wilding.

—La debe usted a esa persona generosa que creyó que era usted hijo suyo y que le ha obligado a creer que ella era su madre; puesto que con ese nombre se dió a conocer a usted. ¿Está usted seguro de que la donación que de sus bienes le hizo no fué debida al encanto de las relaciones establecidas entre ustedes y que fueron la alegría de sus últimos días? Usted fué apegándose gradual-

mente a ella, y por cierto que ella no se encariñó menos con usted. Por consiguiente, a usted es, Walter, a usted, enténdalo bien, a usted personalmente, a quien ella confirió al morir todas esas ventajas que hoy se reprocha usted sin razón haber aceptado.

—¡Nada de eso!—exclamó Wilding.—¿No me suponía acaso ella en su corazón un derecho natural que yo no tenía?

—Convengo en ello—contestó Vendale.—Hablando sinceramente, me veo obligado a convenir en ello. Pero ¿cree usted que si durante los seis meses que precedieron a su muerte, hubiera hecho ella el descubrimiento que acaba usted de hacer, cree usted que se hubicra borrado del todo la impresión de tantos años felices pasados junto a usted y el cariño que ella le tenía?

—¡Ah!—exclamó Wilding.—Lo que yo pienso, en nada altera la verdad de las cosas. No es menos cierto que estoy en posesión de bienes que no me pertenecen.

—Quizá esté muerto *él*...—dijo Vendale.

—¡Pero puede ser también que esté vivo!—replicó Wilding.—Y si vive, ¿no le he robado ya bastante, aunque inocentemente, verdad es? Y, ante todo, ¿no le he quitado todo el tiempo feliz de que he gozado yo en su puesto? ¿No le he

usurpado la exquisita dicha, el celestial encanto que me invadía el alma cuando esa querida mujer me decía: «Yo soy tu madre»? ¿No le he sustraído todos los cuidados que ella me prodigaba? ¿No le he privado del dulce placer de cumplir sus deberes respecto de ella y de devolverle su cariño y su ternura?... ¡Ay! ¿Bajo qué cielos vivirá actualmente ese para quien tan culpable soy? ¿Qué puede haber sido de él?... ¿Dónde está aquel a quien he robado?

—¿Quién lo sabe?—balbució Jorge.

—¿Quién me lo dirá? ¿Quién me dará algún medio de encauzar mis investigaciones? Bien sabe usted que he de comenzar mis pesquisas sin perder día. En lo sucesivo, viviré de los intereses de mi parte... debiera decir de *su parte*... en esta casa; colocaré el capital para él. Tal vez, si llego a encontrarle, tenga que atenerme a su generosidad para asegurarme el porvenir... Pero se lo devolveré todo. Así lo haré, tan cierto como que la he amado, como que la he honrado, a *ella*, con todo mi corazón y todas mis fuerzas.

Al mismo tiempo, enviaba un beso respetuoso al retrato colgado encima de la chimenea; luego tapóse la cara con las manos y calló.

Levantóse Vendale y fué a sentarse a su lado, y, posándole afectuosamente la mano en el hombro, le dijo con cariño:

—Walter, antes de lo que le sucede, le tenía a usted por un hombre honrado a carta cabal, de conciencia pura y corazón recto. Es para mí gran felicidad y muy provechoso codearme en la vida con un compañero como usted, por lo cual doy gracias a Dios. Acuérdesese de que le pertenezco. Soy su mano derecha, y puede usted contar conmigo hasta la muerte. No me juzgue usted mal si le confieso que es aún muy confuso el sentimiento que todo esto me inspira. Y hasta puede parecerle que no es delicado ni equitativo. Pero le juro que más me conmueven esa pobre mujer engañada, y, sobre todo, usted mismo, a quien tan inesperada revelación viene a arrebatar las alegrías del recuerdo, que ese hombre desconocido (si es que se ha hecho hombre) privado, sin saberlo él, de bienes que él ignora... Sea como fuere, ha hecho usted bien en mandar llamar al señor Bintrey. Seguramente, su opinión coincidirá con la mía en muchos puntos. No proceda usted precipitadamente en asunto de tanta importancia, Walter; guardemos escrupulosamente entre nosotros ese secreto. Propagarlo a la ligera, sería exponer a usted a reclamaciones fraudulentas. No nos faltarían falsos testimonios y maniobras de intrigantes. Dicho esto, tengo que recordarle todavía una cosa, Wilding: y es

que cuando me cedió usted una participación en los negocios, era para librarse de una tarea harto pesada, que su actual estado de salud no le permite ejecutar. Esa participación la he comprado para trabajar, aun en el lugar de usted, Walter, y es lo que haré.

Tras estas palabras, Jorge Vendale abrazó a su socio, bajó a la oficina y, casi inmediatamente después, salió para ir a casa de Julio Obenreizer.

Cuando entraba en Soho Square, encaminándose hacia la parte norte de la plaza, su tez brñida por el sol se coloreó de pronto. Si Wilding hubiera nacido observador, o si no hubiese estado tan intensamente absorbido por sus propias penas, hubiera podido notar esa coloración súbita en el rostro de su socio, momentos antes, cuando leía en voz alta la carta fechada en Neufchatel. Asimismo hubiera podido observar Wilding con igual nitidez todos los pasajes de dicha carta.

Había a la sazón en Soho Square, el distrito más vulgar de Londres, una interesante colonia montañesa. Relojes suizos, cajas de música, esculturas en madera, juguetes de Suiza exhibíanse en las puertas de las tiendas suizas. En las inmediaciones no se veían más que profesores suizos de armonía, de pintura y de lenguas; portadores suizos, cria-

dos suizos colocados o sin colocar, lavanderas suizas. En todas partes, suizos considerados y suizos no considerados, suizos honrados y bribones suizos; toda esa Suiza viva era atraída allí por la presencia en los alrededores de Soho de una multitud de fondas, cafés y albergues suizos, en donde se comían comidas suizas y se bebían bebidas suizas. En aquel lugar se erguían un templo suizo en donde celebrábase los domingos el oficio suizo, y escuelas a donde hijos de suizos acudían durante la semana. El elemento suizo desbordaba, lo invadía todo; no había sitio alguno, ni aun los cafés ingleses, en cuyas puertas no se anunciaban licores suizos. Y en aquellas fondas y aquellos cafés suizos, entablábase cada noche riñas de suizos, que valen tanto como las riñas de alemanes.

Así es que, cuando el nuevo socio de Wilding y Compañía tiró de la campanilla, en la esquina de una puerta donde se leía esta inscripción:

M. OBENREIZER

y que se hubo abierto esta puerta, hallóse de pronto en plena Helvecia. En la habitación en que fué introducido, la chimenea estaba substituída por una estufa de porcelana, y el suelo era un mosaico formado de toscas maderas de

todos colores. El cuarto era rústico, frío y limpio. La pequeña alfombra colocada ante el sofá; la chimenea con su centro de terciopelo y el enorme reloj y los jarrones que contenían grandes ramos de flores artificiales, contrastaban, sin embargo, un poco con el resto del mueblaje. El aspecto general del cuarto era el de una lechería transformada en sala.

Ya llevaba un rato allí Vendale, cuando le tocaron en el codo. Este contacto le hizo estremecer. Volvióse rápidamente y vio a Obenreizer que le saludaba en correcto inglés, apenas estropeado:

—¿Cómo está usted? ¡Cuánto gusto tengo en verle!

—Dispéñeme—le dijo Vendale.—No le había oído.

—De nada—repuso el suizo.—Tenga la bondad de sentarse.

Al fin consintió en soltar los dos brazos de su visita, que hasta entonces había tenido sujetos por los codos. Era en él costumbre abrazar de ese modo los codos de las gentes a quienes quería. Sentóse a su vez, diciendo a Vendale:

—Me alegro de verle bien.

Al mismo tiempo, volvió a asirle de los codos.

Rara manía.

—No sé—le dijo Vendale,—si su casa de Neufchatel le había hablado ya de mí...

—Sí, sí.

—¿Al tiempo que de Wilding?

—Claro.

—¿No es singular que venga yo a verle doy en Londres, como representante de la casa Wilding y Compañía y a presentarle mis respetos?

—¿Por qué ha de ser singular?—dijo Obenreizer.—¿Qué le decía yo antes, cuando estábamos en los montes? Estos se nos antojaban inmensos; pero el mundo es pequeño, tan pequeño, que no se puede vivir mucho tiempo separados unos de otros. ¡Hay tan poca gente en este mundo, que en él nos cruzamos y volvemos a cruzar constantemente! Es tan pequeño el mundo, que no podemos librarnos de los que nos estorban... No es que quiera uno librarse nunca de usted, no.

—Así lo espero, señor Obenreizer.

—Le ruego que en su país, me llame usted *mister*. Por amor de Inglaterra, nunca me hago llamar de otra manera. ¡Ah! ¡Quién fuera inglés! Por desgracia soy de la montaña. ¿Y usted? Aunque descendiente de ilustre familia, ha consentido entrar en el comercio. Pero, dispéñeme: ¿me he expresado bien? ¡Los vinos! ¡Los vinos, señor mío! En Inglaterra, ¿constituyen un *comercio* o una *profesión*? Seguramente, no constituyen un arte.

—Señor Obenreizer—contestó turbado Vendale,—era yo un mozo muy joven, apenas mayor de edad, cuando tuve por primera vez el gusto de viajar con usted y con su señora sobrina... que supongo estará bien...

—Muy bien.

—Juntos corrimos algunos ligeros peligros en los ventisqueros. Si, en aquella época, guiado por infantil vanidad, ponderaba yo algo a mi familia, supongo no haberlo hecho sino lo necesario para presentarme a usted en forma más ventajosa. Eso era una pequeñez y una cosa de mal gusto. Pero no ignorará usted el proverbio: «Vivir para ver».

—Da usted demasiada importancia a todo eso—dijo el suizo.—¡Qué demonios! ¡Es buena familia la suya!

La risa de Jorge Vendale revelaba ser algo forzada.

—Yo quería mucho a mis padres. No obstante, cuando hemos viajado juntos, señor Obenreizer, empezaba yo a gozar de lo que mi padre y mi madre me habían dejado. Tenía yo la cabeza algo turbada, a causa de esto, porque era muy joven. Y creo haber mostrado entonces más niñadas y más aturdimiento que orgullo.

—Sólo franqueza, franqueza de corazón y de lenguaje, y nada de orgullo—replicó Obenreizer.—Emplea usted pa-

labras demasiado gruesas contra usted mismo. Por lo demás, yo fui el primero en impulsarle a hablarme de su familia. ¿Recuerda usted aquella velada y aquel paseo por el lago, en donde los nevados picos se reflejaban como en un espejo? Por todas partes rocas y bosques de abetos que me recordaban mi infancia, de la cual pinté a usted un rápido cuadro. Recuerda usted que la describí nuestra miserable *cabaña*, al lado de una cascada que mi madre enseñaba a los viajeros; el establo donde yo dormía junto a la vaca; mi hermano idiota sentado delante de la puerta y saliendo al encuentro de los transeuntes para pedirles limosna; mi hermana, siempre hilando y balanceando su enorme papeira; y yo mismo, que era una pobre criaturita enferma a quien pegaban todo el día. Era yo el único hijo del segundo matrimonio de mi padre, si es que matrimonio había. Después de esto, ¿qué cosa más natural que comparase usted sus recuerdos a los míos y dijera: «Somos de la misma edad, y en esa misma época en que a usted le zurraban, yo estaba sentado en el carruaje de mi padre, sobre las rodillas de mi madre querida, rodando a través de las opulentas calles de Londres, rodeado de lujo y de cariño»? He ahí cuál fué el comienzo de mi vida.

Obenreizer era un joven de cabellos

negros, tez brillante y en cuya tostada piel nunca había asomado el menor sonrojo, ni aun fugitivo. Las emociones que hubieran teñido de púrpura la mejilla de otro hombre, no producían en la suya sino una ligera palpitación apenas visible, como si el mecanismo que hace correr y subir la sangre no moviera en las venas de ese joven más que un raudal medio seco. Obenreizer era de compleción robusta, bien proporcionado y tenía facciones bellas. Probablemente hubiera bastado variarlas en forma casi imperceptible de disposición para darles una armonía de que carecían, aunque fuera difícil determinar con exactitud la variación que hubiera habido que efectuar. Primeramente hubieran convenido a Obenreizer labios menos carnosos y cuello menos macizo. Pero el cuello y los labios aun podían pasar. Lo más desagradable eran los ojos, cubiertos siempre por una nube indefinible, extendida evidentemente allí por un esfuerzo de su voluntad. Así es que su mirada era impenetrable para todo el mundo y aquella niebla eterna le daba aspecto fatigoso de atención no sólo dirigida a la persona a quien él escuchaba hablar, sino al mundo entero, a sí mismo, a sus propios pensamientos, tanto los del momento como los que iban a nacer. Era aquello como una especie de vigi-

lancia inquieta, sospechosa, ejercida por él en torno suyo y que nunca se cansaba.

En aquel momento de la conversación, Obenreizer echóse sobre los ojos el velo.

—El objeto de la presente visita—dijo Vendale,—obvia decirselo, es asegurar a usted la buena amistad de Wilding y Compañía y la solidez de su crédito entre nosotros, como también nuestro deseo de poder servirle. Esperamos poder ofrecerle dentro de poco hospitalidad cordial. Por ahora las cosas no están aún del todo ordenadas en nuestra casa. Wilding se cuida de reorganizar en ella la parte doméstica, cosa que, por otra parte, se la impiden algunos asuntos personales. No creo que conozca usted a Wilding.

—No lo conozco.

—Pues será preciso conocerle. Wilding tendrá en ello mucho gusto. No creo que haga mucho tiempo que se ha establecido usted en Londres, señor Obenreizer.

—He instalado muy recientemente esta agencia.

—¿Y no se ha casado su señora sobrina?

—No se ha casado.

Jorge Vendale echó una mirada en torno suyo, como para descubrir allí alguna huella de la presencia de la joven.

—¿Ha venido con usted a Londres?— preguntó.

—En Londres está.

—¿Cuándo y dónde podré tener el honor de saludarla?

Obenreizer se despojó de la nube que le cubría y cogió de nuevo al visitante por los codos, diciéndole:

—¡Subamos!

Algo amedrentado por lo repentino de una entrevista que con toda el alma había deseado, Jorge Vendale siguió por la escalera a Obenreizer.

En un cuarto del piso superior, y junto a una de sus tres ventanas, estaba sentada una joven. Había también otra dama, de más edad, de cara a la estufa, aunque ésta no estaba encendida, pues pues corría la primavera. Cuando entró Vendale, la respetable matrona limpiaba guantes. La joven bordaba. Tenía inaudito lujo de magníficos cabellos rubios, trenzados con gracia, y frente redonda y blanca, como las suizas. También era su rostro más redondo que un rostro inglés ordinario. El cutis tenía extraordinaria pureza, y el brillo de sus ojos azules recordaba el cielo deslumbrador del país de las montañas. Aunque vestía a la moda inglesa, continuaba llevando cierto corpiño, medias con motas encarnadas y zapatos con hebillas de plata que venían directamente de Suiza. En cuanto a

la anciana, ésta, abierta de piernas, con los pies apoyados en el filete de la estufa, limpiaba, frotaba los guantes, con prodigioso ardor, e, indudablemente, nada tenía de británica, absolutamente nada. Era la Suiza misma, la Suiza viva, la vieja Suiza. Su espalda era de la forma y la anchura de una almohada grande; sus respetables piernas eran dos montañas. Llevaba al cuello y por el pecho una pañoleta de terciopelo verde que contenía más o menos las riquezas de su redondez; grandes pendientes de cobre dorado y, en la cabeza, un velo de gasa negra, tendido sobre un enrejado de hierro.

—Señorita Margarita—dijo a su sobrina Obenreizer—¿se acuerda usted de este caballero?

—Creo—contestó ella levantándose un tanto confusa,—creo que es el señor Vendale...

—Yo creo que él es, en efecto—dijo con voz dura Obenreizer.—Permítame que le presente a la señora Dor, señor Vendale.

Levantóse la anciana, que se había calzado en la mano izquierda uno de los guantes, miró por encima de sus anchos hombros, sentóse otra vez en la silla, y de nuevo comenzó a frotar.

—La señora Dor—dijo sonriendo Obenreizer,—es bastante buena para

cuidarse aquí de remiendos y manchas. La señora Dor remedia mi negligencia y mi desorden; ella es quien me mantiene limpio y adornado.

En el mismo instante, la señora Dor, que había alzado los ojos, vió a Obenreizer una mancha y empezó a frotarla violentamente. Jorge Vendale tomó asiento al lado del bastidor de Margarita; echó una mirada furtiva a la cruz de oro que se sumergía en el corpiño de la joven. Mentalmente, rindió a Margarita el homenaje que rinde el peregrino cuando, tras largo viaje, llega al fin ante el altar y el santo.

Sentóse a su vez Obenreizer en medio del cuarto, con los pulgares en los bolsillos del chaleco. Obenreizer se tornaba nebuloso.

—¿Sabe usted qué me decía ha poco su tío, señorita?—preguntó Vendale, para entablar la conversación:—Pues decíame que el mundo es tan pequeño, tan pequeño, que siempre vuelven a encontrarse en él los antiguos conocidos y que no pueden esquivarse. A mí, parecíame el mundo demasiado vasto desde que vi a usted la última vez.

—¿Ha viajado usted algo, después?—le preguntó Margarita.—¿Ha ido usted muy lejos?

—No mucho. No he hecho más que ir a Suiza todos los años... Muchas veces

he deseado que ese mundo tan chiquitito fuera aún más, a fin de poder encontrar más pronto antiguos compañeros...

Sonrojóse la linda Margarita y dirigió una mirada hacia la señora Dor.

—Pero al fin nos ha hallado usted, señor Vendale—balbució.—¿Será para dejarnos otra vez?

—No lo creo. La extraña coincidencia que me ha permitido volver a verla, me anima a esperar que no habrá nada de eso.

—¿Qué coincidencia es esa?

Tan sencilla frase, pronunciada con el acento del país y con cierto tono de curiosidad y emoción, antojósele seductora a Jorge Vendale. Pero, en el mismo instante, sorprendió otra mirada fugitiva de Margarita a la señora Dor. Esa mirada, aunque rápida como el relámpago, le inquietó, y Jorge empezó a observar a la anciana.

—La casualidad ha querido—dijo—que sea yo socio de una casa comercial de Londres, a la cual ha sido recomendado hoy mismo el señor Obenreizer por una casa de comercio de Suiza, en donde tenemos intereses comunes. ¿No le ha dicho él nada a usted?

—No, francamente—dijo Obenreizer, mezclándose en la conversación, y esta vez, sin nube.—Me hubiera guardado bien de hacerlo. El mundo es tan peque-

ño, tan monótono, que siempre es preferible dejar a la gente el raro gusto de una sorpresa. Cosa muy agradable es una sorpresa en nuestro reducido camino. Todo ha sucedido como se lo dice a usted el señor Vendale, señorita Margarita. El señor Vendale, que es de una familia tan ilustre y de tan noble origen, no ha despreciado el comercio. Se dedica de veras al comercio, exactamente igual que nosotros, míseros rústicos, salidos del fondo de la pobreza. Después de todo, es halagüeño para el comercio—prosiguió acaloradamente Obenreizer; —hombres como el señor Vendale no pueden menos de ennoblecerlo. Lo que causa la desdicha del comercio y su vulgaridad es que gente de nada... como nosotros, por ejemplo, pobres aldeanos... podamos consagrarnos a él y llegar por él a todo. Ve usted, señor Vendale, el padre de la señorita Margarita, el mayor de mis hermanos del primer matrimonio, y que ahora tendría más del doble de mi edad, si viviese, salió de nuestras montañas en harapos, descalzo, y al principio vióse muy contento al ser alimentado con los perros y las mulas en una posada del valle. Fué mozo de cuadra, criado, cocinero. Entonces me cogió y colocóme de aprendiz en una relojería de un vecino suyo. Su mujer murió al dar a luz a la señorita Margarita. El no sobrevivió

mucho tiempo. Margarita no era ya niña, pero tampoco llegaba a ser una señorita. Yo recibí la última voluntad de mi hermano y su recomendación respecto de su hija: «Todo para Margarita», me dijo, «y para tanto por año para ti. Eres joven; sin embargo, te nombro tutor de ella; no te enorgullezcas nunca de su fortuna ni de la tuya si llegais a reunirla. Ya sabes de dónde procedemos los dos; uno y otro hemos sido campesinos oscuros y miserables, y debes recordarlo». ¡Que sí lo recuerdo!... Ambos campesinos, y lo mismo sucede a todos mis paisanos que se dedican hoy al comercio en Soho Square... ¡Aldeanos!... ¡todos aldeanos!...

Prorrumpió en risas, al tiempo que le apretaba los codos a Vendale.

—¡Vea usted!—exclamó.—¡Vea usted qué ventaja y qué gloria para el comercio, el ser ensalzado por caballeros como usted!

—No lo considero yo así—dijo Margarita sonrojándose y rehuendo con tímida expresión la mirada de Vendale;—no creo que el comercio sea deshonrado en modo alguno por gente de oscuro origen, como nosotros...

—¡Hola! ¡hola!... ¡Señorita Margarita. —dijo Obenreizer.—¡Y en la aristocrática Inglaterra es donde emplea usted semejante lenguaje!

—No me avergüenzo,—prosiguió la joven, algo más calmada y dando vuelta al bastidor,—yo no soy inglesa. Tengo a mucha honra ser suiza e hija de montañés. Por cierto que lo digo muy alto: mi padre era campesino.

Había en esas últimas palabras tan visible resolución de acabar con aquel tema ridículo, que Vendale no tuvo ya valor para defenderse contra los velados sarcasmos de Obenreizer.

—Comparto su opinión, señorita—dijo,—y ya se lo he dicho poco ha al señor Obenreizer, quien podrá certificarlo.

Cosa que este último se guardó bien de hacer. Calló.

Vendale no había dejado de observar a la señora Dor. Una cosa le chocó en el aspecto de la ancha espalda de la buena mujer, y notó una pantomima de las más expresivas en el modo que tenía de limpiar los guantes. En tanto que hablaba con Margarita, la señora Dor, permaneció tranquila; pero así que Obenreizer hubo comenzado su largo discurso acerca de los aldeanos, la anciana empezó a frotarse las manos con un modo de delirio; creyéndose que aplaudía al orador. El guante que tenía elevábase en el aire, giraba tan bien, que Vendale llegó a pensar una o dos veces que tan extraordinario juego sería quizá una comunicación telegráfica: tanto

más, cuanto que Obenreizer, aparentando no prestar la menor atención a la vieja sirvienta, nunca le volvía la espalda.

La manera de cortar Margarita la desagradable conversación que dos veces habían provocado ante ella, pareció así mismo a Vendale cosa muy a propósito para inducirle a reflexionar. El tono de la joven al hablar a su tutor revelaba una sorda indignación contra éste, y como un movimiento del alma que, no obstante el temor, seguía reprimiendo. Nunca se acercaba Obenreizer a su pupila: nunca le dirigía la palabra sin que a lo que iba a decir precediera la ceremoniosa voz «señorita», vocablo que, sin embargo, no salía de sus labios sino con marcado acento de ironía. Jorge Vendale pensó que aquel hombre era un hurón sutil, y este nuevo modo de ver a Obenreizer explicóle de pronto todo cuanto de indefinible había hallado siempre en tan singular personaje.

Algo le decía también que Margarita estaba en cierto modo prisionera en aquel hogar. Cuando menos, su voluntad no era libre, y aunque resistiese por la sola energía de su carácter a aquellos dos carceleros, no siempre era ella quien triunfaba.

Esa creencia de que se perseguía a Margarita, de que ésta se hallaba tal vez

cautiva hasta cierto punto, no era adecuada para disminuir en el corazón de Vendale el encanto que a la joven le atraía. La amaba de veras, estaba perdidamente enamorado de la linda y joven suiza, y completamente decidido a aprovechar la ocasión que al fin había de presentársele.

Por entonces, limitóse a exponer en pocas palabras el gusto que Wilding y Compañía tendrían pronto en suplicar a la señorita de Obenreizer que honrase con su presencia su casa. Esta era, según él decía, una casa antigua muy interesante, aunque algo desprovista, como toda casa de soltero. Por lo demás, no prolongó la visita.

Al volver a la planta baja, acompañado por su huésped, halló en el vestíbulo a varios hombres mal encarados, vestidos con el traje suizo, a los cuales rechazó ante él Obenreizer, sin miramientos, al tiempo que les dirigía algunas palabras en el dialecto de su país.

—Son compatriotas míos,—dijo Obenreizer—pobres compatriotas agradecidos y fieles como perros, por un poco de bien que les hago. Adiós, señor Vendale; supongo que nos veremos con frecuencia. Tanto gusto...

Lo cual fué acompañado de dos ligeras presiones en los codos de Vendale, y éste se vió en la calle.

En tanto que él se encaminaba a la Encrucijada de los Cojos, Margarita sentada ante el bastidor, flotaba delante de él por el aire; volvía también a ver la amplia espalda de la señora Dor y su telégrafo. Cuando llegó a casa, Wilding estaba encerrado con Bitrey. Las puertas de las bodegas estaban abiertas. Vendale encendió una candela, bajó y empezó a discurrir por los sótanos. La graciosa imagen de Margarita seguía caminando ante él; pero ya no le perseguía la espalda de la señora Dor.

Las bóvedas eran muy espaciosas y antiguas, y había allí una cripta interesante por demás. Era, según unos, el antiguo refectorio de un monasterio; según otros, una capilla. Algunos anticuarios querían ver en ello restos de un templo pagano. Pero, después de todo, ¿qué más daba? Aunque cada cual atribuya el origen que le agrade a aquella vieja pilastra llena de polvo y a la ruिनosa arcada, no por eso dejan de ser restos del tiempo que los roe igualmente a su antojo.

El aire denso, el olor de tierra y de muralla enmohecida, el paso que retumba como el trueno en las calles que por cima su cabeza se extendían, todo eso cuadraba bastante bien con las impresiones de Vendale, quien, decididamente, no podía pensar más que en Mar-

garita, sentada allí, en la casa de Soho Square y resistiendo a sus dos carceles. Anduvo, pues, a través de las bodegas, hasta el recodo de un pasaje abovedado. Allí vió una luz parecida a la que él llevaba en la mano.

—¿Es usted quien está ahí, Joey?—preguntó.

—Más bien soy yo quien debiera decir: ¿Es usted, señorito Jorge? Que el estar aquí es mi misión, y no la suya.

—¡Vamos! No gruñá, Joey.

—No gruño—repuso el mozo de bodega;—si algo gruñe en mí es el vino que he respirado por los poros; pero no yo. ¡Oh! Si permaneciera usted en las bodegas bastante tiempo para que le aturdiessen los vapores, ya me diría usted algo... Pero ¿cómo?... ¿Ya ha entrado usted regularmente en nuestros negocios, señorito Jorge?

—Regularmente; supongo que no tendrá usted nada que decir.

—¡Dios me libre! Pero el vino que tomo por los poros, y que es gruñón, me dice que son ustedes demasiado jóvenes. Son ustedes demasiado jóvenes los dos.

—Eso es una desgracia que algún día encontraremos medio de reparar, Joey.

—Sin duda, señorito Jorge; mas yo, que cada año hallo medio de envejecer, no les veré formalizarse.

Y Joey quedó tan satisfecho de lo que acababa de decir, que se echó a reír a carcajadas..

—Lo que no es tan alegre—prosiguió—es que el señor Wilding ha variado la suerte de la casa, desde que la dirige. Note usted bien lo que le digo. La suerte ha mudado. Ya se enterará él. No en balde he pasado mi vida aquí bajo. Las observaciones que yo hago, nunca me engañan. Sé cuándo va a llover y cuándo se mantendrá bueno el tiempo; cuándo va a silbar el viento, cuándo se tornarán tranquilos el cielo y el río, y lo mismo sé cuándo ha de variar la suerte.

—¿Tiene algo que ver con sus observaciones la vegetación que crece en estas paredes?—preguntó Vendale, volviendo la luz hacia oscuros montones de enormes hongos colgados de la pared y de efecto desagradable y repugnante.

—Sí, señorito Jorge—respondió Joey Laddle, retrocediendo unos pasos.—Pero si quiere usted hacerme caso, no toque esos horribles hongos.

Vendale había cogido de manos de Joey una larga caña y se entretenía en sacudir suavemente los extraños vegetales.

—¿Y por qué no tocarlos?—preguntó.

—¿Por qué?... Pues porque nacen de los vapores del vino, y pueden hacerle

comprender a usted lo que entra en el cuerpo de un desdichado mozo de bodega que vive aquí hace treinta años; porque haría usted que le cayeran encima insectos sucios, que se mueven en esas enormes masas de moho—dijo Joey Laddle, que se mantenía a distancia;—pero hay otra razón además, señorito Jorge: ¡hay otra!...

—¿Cuál?

—Yo, en su lugar, no pegaría con esa caña. Y le explicaré el motivo, si quiere usted salir de aquí. Mire el color de esos hongos, señorito Jorge.

—¿Qué tiene?

—¡Vamos! Salgamos de aquí, señorito Jorge.

Se marchó con la candela. Vendale le siguió llevando la suya.

—Pero acabe usted, Joey—dijo.—¿El color de los hongos?

—Es el color de la sangre, señorito Jorge.

—Verdad es... ¿Y qué?

—¡Pues bien! Dicen que...

—¿Quién dice?

—¡Yo qué sé quién!—replicó el viejo mozo de bodega, exasperado por la desazonada índole de la pregunta.—¿Quién? Dicen... dicen... Eso ya es bastante. Quiere decir todo el mundo. ¿Cómo puedo yo saber quién lo dice, si no lo sabe usted?

—Es verdad, Joey.

—Dicen que el hombre a quien, por casualidad, le toca en el pecho uno de esos hongos que caen en las bodegas está seguro de morir asesinado.

Vendale se detuvo riendo, miró a Joey y se encogió de hombros; pero el mozo de bodega tenía la vista fija obstinadamente en la candela. De pronto Joey se sintió violentamente golpeado.

—¿Qué es esto?—exclamó.

Era la mano de su compañero. Vendale acaba de recibir en pleno pecho un enorme montón de aquel sangriento moho, y lo echó instintivamente sobre Joey. La húmeda masa acababa de caer al suelo dejando correr por él un largo charco rojo.

Ambos hombres se miraron con mudo espanto, durante un rato. Mas llegaban al pie de la escalera de las bodegas, y se les apareció la luz del día.

Vendale se encogió otra vez de hombros, diciendo:

—¡Vayan al demonio sus ideas supersticiosas, Joey!

Y subió los escalones tranquilamente.